

| | |
|---|-------------------|
| C. Dos décadas de periodismo hondureño por dentro | Titulo |
| Torres Calderón, Manuel - Autor/a; | Autor(es) |
| Honduras: prensa, poder y democracia | En: |
| Tegucigalpa | Lugar |
| CEDOH, Centro de Documentación | Editorial/Editor |
| 2002 | Fecha |
| | Colección |
| Periodismo; Honduras; | Temas |
| Capítulo de Libro | Tipo de documento |
| http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Honduras/cedoh/20120807013125/cap6C.pdf | URL |
| Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es | Licencia |

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



C. DOS DÉCADAS DE PERIODISMO HONDUREÑO POR DENTRO

Manuel Torres Calderón

Mi experiencia como periodista se inició de manera fortuita en 1978. Estudiaba la carrera de Trabajo Social cuando opté a una plaza libre en diario La Prensa, que estaba bajo la dirección de Ramón Villeda Bermúdez. Seis meses después me nombraron Coordinador de Redacción en la oficina de Tegucigalpa.

Si en aquel entonces hubiese existido el Colegio de Periodistas, no lo habría podido lograr. En realidad, formé parte de la "última promoción" de los "empíricos", que se tendió como un puente entre la vieja generación y la nueva puesto que dejé la carrera de Trabajo Social y me matriculé en la Escuela de Periodismo de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH). De la academia recibí lecciones interesantes, pero en el balance formativo siento que le debo más a la práctica que a las aulas, y no se trata de petulancia. Veinte y tres años después sigo plenamente convencido que la técnica periodística es la parte más fácil del asunto, la que se puede aprender, si hay capacidad, con unas cuantas lecciones programadas o con un par de buenos libros. Lo otro, lo más complicado, es entender la razón de ser del Periodismo, poner la técnica al servicio de los contenidos y comprender sus "pro" y "contras" en el contexto de la globalización internacional. Personalmente prefiero ver al Periodismo como un "oficio" más que como una "Licenciatura". No creo que una "licencia" haga a alguien merecedor del título de periodista, sin que ello se mal interprete como una aversión o un menosprecio a la formación académica.

Algo había en la vieja concepción del oficio que se ha perdido en la licenciatura. El sentido de pertenencia de los periodistas a la sala de redacción, el gusto por "reportear", la visión crítica, la afición a la lectura complementaria o a buenas conversaciones, el respeto a la gramática, la emoción de lograr una primera plana exclusiva, la disciplina por leer sus propias notas publicadas para aprender de las observaciones de los editores y, sobre todo, la convicción de que la libertad de expresión no es un instrumento para el lucro personal sino un bien social, son características cada vez más excepcionales de encontrar en su conjunto.

En contraste, las evidencias de los últimos años prueban una pérdida progresiva de los elementos que caracterizan un buen periodismo. Teóricamente, la formación universitaria debe ser integral, pero lo cierto es que pone más énfasis en las técnicas que en los contenidos. No se puede desconocer que conocer a fondo los medios de los "medios" es fundamental, aunque no lo es todo. En 1978 el mayor protagonismo de la comunicación social en Honduras recaía en la prensa radial y escrita; la televisión apenas se asomaba a la competencia informativa. Hoy el desarrollo tecnológico que acompaña a la comunicación demanda nuevas capacidades, no sólo en el momento de procesar la información, sino de acceder a ella, como en el caso del Internet. El problema es que en Honduras la academia y la práctica misma han separado la técnica de la ética y eso no es posible en nuestra profesión. Si a un periodista le falla una de ellas, aunque posea la otra, no podrá ser nunca un buen periodista. El desafío es fusionarlas, volverlas interdependientes, indispensables la una para la otra, pero, infortunadamente, no es esa la tendencia que marca el ritmo en la actualidad.

Un periodista que no reconoce la vocación social de su quehacer, que no escribe o reporta para los demás y que olvida que la libertad de expresión es un derecho inalienable de la sociedad, que tiene que defenderse y recrearse a diario, está condenado al estancamiento formativo o a desnaturalizar o alejarse de los principios rectores de su profesión.

El Periodismo tiene en el medio y en el contexto social sus mejores maestros. Esa relación se vuelve indispensable en la medida que las oportunidades formales de educación se limitan al período de la carrera universitaria; una vez fuera de ellas las oportunidades son escasas, quizá uno que otro taller, pero sin el debido seguimiento. Es conocido que los medios masivos de prensa en nuestro país carecen de programas o proyectos sistemáticos de capacitación. Los ejecutivos de los medios conocen, y se quejan, de las deficiencias de sus periodistas, pero alegan que no hay tiempo para la enseñanza. El ritmo de cada jornada laboral noticiosa es tan intenso y los intereses que se encubren tras ellas, tan complejos, que la calidad de la información no es un objetivo prioritario. De hecho, el mal periodismo es deliberadamente fomentado en Honduras. Es obvio que hay excepciones entre los coordinadores o jefes de redacción, pero son una minoría.

El problema se agrava a medida que los medios se multiplican y las escuelas de Periodismo no cumplen su papel formativo y de filtros. Muchos docentes, de las universidades privadas o la pública, ni siquiera saben escribir una noticia y pretenden enseñar cómo hacerlo. Una clase como Sociología de la Comunicación, que debiera ser un debate sistemático sobre el mundo actual de los medios y los mensajes, sigue concentrada en escudriñar las raíces históricas de la sociología y no de la comunicación. Para poner otro ejemplo, en la universidad nacional la clase de Ética apenas se cursa un semestre, una hora tres veces por semana, y consume su tiempo en Platón, Aristóteles y, con suerte, llega a Rosseau. En el resto del pensum académico esa clase desaparece. El criterio que justifica una omisión de ese calibre es que la ética viene del hogar y que, por tanto, las aulas no pueden aportar mucho al respecto. Quizá esa sea una de las razones que explica la impresión general de que muchos licenciados en Periodismo salen corregidos y aumentados en materia de corrupción.

Con esos antecedentes no resulta extraño que cada vez más los medios contratan jóvenes que no tienen ni idea de la responsabilidad social o profesional de la información; anuentes a encontrar fuentes de trabajo mal pagadas, pero dispuestas a facilitarles un protagonismo personal mucho más rentable. Esa actitud explica, en alguna medida, el periodismo superficial o "light", sensacionalista, falsamente crítico y tendente a la corrupción que impera. Es obvio que la confrontación entre un buen y un mal periodismo es permanente, histórica, pero lo grave es cuando el equilibrio se inclina a lo segundo. En este escenario, se puede decir que la generación periodística de los años 80 encontró un contexto que no sólo favoreció su formación, sino que su compromiso social, contrario a la actualidad, donde para muchos la capacitación es vista al margen del compromiso, casi como un accesorio prescindible.

Los años 80 no fueron fáciles para los periodistas, pese a la abundancia de temas noticiosos. Los detalles de la conversión de Honduras en una plataforma norteamericana de contrainsurgencia regional eran más conocidos fuera del país que

dentro. En Tegucigalpa, los medios periodísticos más importantes del mundo tenían corresponsales, colaboradores o enviados especiales. Entre ellos se pueden citar todas las grandes cadenas de televisión de EEUU, periódicos influyentes como The New York Times, Washington Post, Baltimore Sun, El País, La Vanguardia, Excelsior, Le Monde, Uno más Uno, The Guardian, revistas como Time, Newsweek, las agencias internacionales de prensa, incluyendo TASS, Xinhua, Prensa Latina, y numerosos medios escritos y electrónicos de mediana importancia.

La calidad de la cobertura informativa y su credibilidad variaba de periodista a periodista y de medio a medio. Había quienes ya traían del exterior el reportaje armado y sólo buscaban las citas textuales para refrendarlo. Uno de ellos, por ejemplo, era Pedro Sevcec de una cadena de televisión hispana de EEUU o Alfonso Rojo, de la revista española Cambio 16. Otros, en cambio, buscaban aproximarse lo más cerca posible a la objetividad, algo complicado de lograr por la maraña de desinformación que existía. Entre ellos destacaban Ray Booner, de The New York Times; Jesús Ceberio, de El País; Raymundo Riva Palacio, de Excelsior; o los ingleses Phil Gunson o Richard Lapper, para citar unos cuantos nombres. Ellos, en sus constantes visitas y reportes, fueron una escuela de periodismo de investigación que no fue debidamente aprovechada. El problema no fue que los periodistas hondureños no tuviesen capacidad de investigar la información, sino que no existían – ni existen - condiciones para su publicación. Las limitantes ideológicas o empresariales de los dueños de los medios ya se revelaban, en aquel entonces, como un factor de estancamiento y no de evolución en el periodismo nacional.

En términos generales la prensa internacional tenía más libertad de informar que la prensa local. Muchas veces los hondureños se enteraban de lo que ocurría en el país a través de la BBC de Londres, Radio Netherland, The New York Times o de los cables noticiosos de las agencias extranjeras de prensa. El primer reportaje sobre la base que la "Contra" y la CIA tenían en El Aguacate, departamento de Olancho, salió publicado en la revista española Interviú, y una de las primeras entrevistas a miembros de los escuadrones de la muerte hondureños la divulgó la periodista norteamericana Linda Druker. Ambas informaciones no eran desconocidas para los periodistas nacionales, pero sí impublicables.

Pese al marco restrictivo, los periodistas locales no se resignaban al silencio y muchos dieron pistas a la prensa internacional de hechos que no podían divulgar internamente. Para tomar conciencia de la censura de aquella época, basta recordar que oficialmente la presencia de la "Contra" en territorio nacional fue reconocida hasta 1987 por el ex presidente José Azcona Hoyo, siete años después de haberse instalado en el país. A un corresponsal de UPI, John Lantigua, lo habían expulsado de Honduras el 6 mayo de 1983, precisamente por divulgar que la "Contra" tenía su retaguardia en la frontera hondureña con Nicaragua y sus oficinas en Tegucigalpa. La embajada de EEUU, obviamente, no hizo nada por protegerlo, pese a que tanto la UPI como Lantigua eran norteamericanos.

Por aquellos años, entre sectores de la prensa extranjera y la nacional se estableció una corriente de mutua colaboración, aunque con objetivos distintos: a la gran mayoría de los corresponsales extranjeros poco o casi nada les importaba Honduras.

Igual que para los diplomáticos norteamericanos, este país valía por su papel en los planes de Washington y como trampolín para hacer carrera profesional. El objetivo básico era encontrar historias que interesaran al gran público norteamericano. En cambio, a los periodistas hondureños con quienes se contactaban sí les preocupaba la represión interna y el saldo creciente de desapariciones y asesinatos políticos, ante los cuales había que romper la mordaza.

Diario Tiempo, donde laboré entre 1979 y 1982, era uno de los pocos medios donde los familiares de las víctimas de la represión podían denunciar los abusos a los derechos humanos. Sin embargo, en general, el contexto era de intimidación, no sólo para los reporteros sino para las fuentes informativas. Un caso en particular me impactó en aquellos años, cuando una profesional universitaria fue secuestrada por paramilitares. Su esposo llegó a la redacción a poner la denuncia, pero solicitó mantenerse en el anonimato. Eran las fuentes trasladando los riesgos a los periodistas. Para mi era el sumo de la cobardía, pero el denunciante no tenía el mismo criterio.

Esa era la atmósfera que prevalecía en aquella época y frente a la cual muchos periodistas hacían un esfuerzo diario no sólo para sobrevivir, sino para cumplir con su deber. Contrario a lo ocurrido entre 1976 y 1983 en Argentina, donde la brutalidad de la dictadura impuso el silencio de su genocidio interno, en Honduras siempre hubo periodistas y fuentes a los que acudir, llámense Diario Tiempo, Radio América, Comité para la Defensa de los Derechos Humanos, Centro de Documentación de Honduras, Comité de Familiares de Detenidos Desaparecidos en Honduras, Comité de Mujeres por la Paz "Visitación Padilla" y otras más que prolongarían la lista. Una investigación de la periodista Lucila Funes confirmó que sólo entre 1982 y 1984, el período más duro de la guerra sucia, la prensa escrita publicó casi dos mil denuncias de violaciones a los derechos humanos. Muchas de esas denuncias salieron a tiempo para salvar vidas.

Como se puede colegir, en los años 80 la construcción de la democracia era un desafío en dos sentidos para los periodistas: denunciar la permanente violación a la soberanía nacional de parte de tropas extranjeras y evitar que la violación sistemática a los derechos humanos desembocara en una dictadura militar abierta. Como es natural, temáticas tan fuertes dividían ideológicamente las posiciones de los periodistas y los medios, pero aún los más conservadores no se atrevían en público a mantener posiciones sistemáticas a favor de la "Contra" o la represión de la "guerra sucia". Salvo excepciones notables, no se justificaba lo injustificable.

La batalla por la opinión pública, ese espacio ideológico entre oreja y oreja de cada persona, se libraba de una manera más sutil. Luchar contra la desinformación fue uno de los grandes desafíos para la prensa hondureña de los años 80. A medida que iba ganando esa batalla, asumía posiciones más críticas y beligerantes frente al autoritarismo, violaciones a los derechos humanos y la soberanía nacional. Ya en el transcurso del gobierno de Azcona Hoyo (1986-1990) la prensa en general había vencido la intimidación de la Doctrina de la Seguridad Nacional que impulsaban las Fuerzas Armadas y en su lugar, las noticias, reportajes y comentarios perfilaban cada vez más una nueva fuente de información: la llamada Sociedad Civil.

Casi sin darse cuenta, el militarismo se encontró con fuertes sectores de la prensa que lo investigaban y divulgaban sus excesos o abusos o que abrían sus páginas a las denuncias. Esa tendencia necesitaba un caso emblemático como clímax y lo tuvo en 1991, con la violación y asesinato de una estudiante de 17 años, Riccy Mabel Martínez Castillo. Su cuerpo fue encontrado en una hondonada al noreste de Tegucigalpa y lo que pudo reducirse a una nota roja más se volvió una mezcla de periodismo de denuncia e investigación que reclamaba el fin de la intolerancia e impunidad que rodeaba a los militares. La regla de que en Honduras los escándalos no duran más de tres días en la prensa encontró su excepción. Durante varios meses, el Caso Riccy apareció a diario en medios escritos o electrónicos. En un exceso comprensible, aunque no justificable, la prensa sustituyó a los tribunales y aportó una carga fiscal que hizo inevitable la condena para el principal implicado.

Con Angel Castillo Maradiaga, jefe de la unidad militar en la que se vio con vida por última vez a la estudiante, se inició un desfile inusual en el país: la remisión de coroneles a las cárceles, luego de que sus casos trascendieran públicamente. En su mejor etapa de los últimos veinte años, los periodistas y los medios de comunicación alentaron la desmilitarización de Honduras y el fortalecimiento de la institucionalidad civil, así como el respeto a los derechos humanos. Sin embargo, ese esfuerzo no culminó en la construcción de un régimen de opinión pública. En la agenda de la democratización y modernización nacional, periodistas y medios se quedaron al margen. Pronto, lo que era un papel positivo de denuncia y crítica se desnaturalizó y empezó una vinculación peligrosa al poder político. Los periodistas dejaron de tener a los militares como sus padrinos y los sustituyeron por los políticos, controladores del presupuesto y la administración pública.

En ese sentido, el daño que la administración del ex Presidente Rafael Leonardo Callejas (1990-1994) provocó al periodismo hondureño fue inmenso. En la economía de mercado, postulada por el modelo de ajuste, la información se afianzó como una mercancía. Todo entró en la subasta del mejor postor: titulares, número de columnas, tipo de letras, contenidos, pistas noticiosas, fuentes por consultar y fuentes censuradas, comentarios, editoriales, columnas, fotografías...no quedó nada por fuera.

En esa época trabajaba como corresponsal en la Agencia Española de Noticias (ACAN-EFE), junto a German Reyes, y luego como editorialista de Radio América. La experiencia me enseñó que, contrario a los años 80, en esta nueva coyuntura de los 90 a los gobernantes les preocupaba más la imagen interna que la internacional del país. Los esfuerzos por cambiar a un rumbo neoliberal la economía eran del agrado de los organismos multilaterales y de sus principales países socios. Cubierto ese frente, la preocupación gubernamental iba por otra vía, utilizar a la prensa y a los periodistas para desacreditar cualquier oposición a sus políticas económicas y sociales. El mejor método que Callejas encontró para tener una prensa incondicional fue la corrupción. El periodismo crítico gestado en la década de los 80 comenzó a perder espacios y capacidad de divulgación. Se institucionalizó en esa época el desconocimiento al derecho de la ciudadanía a informar y ser verazmente informada.

Esta vez ya no era la corrupción folklórica de la época de Roberto Suazo Córdova (1982-1986), a quien más de un "periodista" le lustró sus zapatos, sino un fenómeno

enquistado y legitimado por el poder político y económico. La corrupción desbordó sus propios muros iniciales de contención y se volvió una práctica rutinaria, visible y altamente lucrativa, permitida, tolerada y auspiciada por los dueños de los medios de información.

Como era lógico esperar, paralelo a esa degradación hubo un descenso notable en la calidad y credibilidad de la cobertura informativa. Quizá si en ese momento hubiese existido un movimiento ciudadano y periodístico con suficiente valentía para denunciar la falta de transparencia informativa, tal vez, y esto es pura conjetura, los decibeles de corrupción actual no serían tan altos. La prensa que no ocultó los abusos de poder en la "guerra sucia" y el conflicto regional, esta vez guardó silencio con respecto a sus pecados de familia. El costo de esa tolerancia se paga ahora.

Curiosamente, mientras el periodismo profesional tendía a recluirse en sus propios ghettos informativos, el periodismo venal iniciaba un proceso de legitimación pública. Mientras uno perdía poder, el otro lo ganaba. Un mal entendido "espíritu de cuerpo" y la indiferencia permitieron que se institucionalizara y creciera la corrupción en un grupo de periodistas ávidos de poder. Los propietarios de los medios tienen una alta responsabilidad histórica al permitir, proteger y estimular esa deformación ética y profesional. Ellos no desconocían lo que pasaba en sus propias empresas y más bien le sacaron provecho. Hoy, pocos años después, no se sabe quien tiene más poder en los medios, si el periodismo tarifado o los propios dueños. Sin duda, la concesión al periodismo venal llegó demasiado lejos.

Los méritos que el periodismo hondureño había logrado en la década de los 80, comenzó a borrarlos en los 90. Varias dudas empezaron a generalizarse en la población respecto a la información brindada por los medios: ¿es creíble?, ¿qué se propone? o ¿a qué intereses responde?. El desplome ético del periodismo se aceleró con el inicio del modelo de ajuste neoliberal, y ello es lógico puesto que la ética social que se impuso fue la del lucro personal. En ese contexto, la falta de un periodismo investigativo ya no sólo obedeció a las limitantes que impusieron los propietarios de los medios sino a los intereses venales de los propios periodistas. A ninguno de los dos les importaba ver detrás de las noticias.

El abandono a las normas técnicas más elementales se volvió rutinario. En la "nueva escuela" las "noticias" salen de una entrevista, sin consultar o confrontar varias fuentes, la especulación sustituye a los hechos comprobados y la independencia crítica cede su lugar a los dictados del poder. La agenda noticiosa no la pautan las salas de redacción sino las oficinas de Relaciones Públicas, los despachos de los ministros, Casa Presidencial, otros poderes del Estado o las agencias de publicidad que pagan explícitamente para que el material publicitario o propagandístico se confunda con el informativo. Tanto las noticias como los periodistas pasan a ser propiedad de los mismos dueños. Como es natural, hay excepciones, pero a las que cada vez les cuesta más trabajo respetar el principio profesional básico de "veracidad, objetividad y exactitud".

Lo que empieza a imponerse en el país es una deformación interesada de la noticia, con fuentes que manipulan y periodistas que se prestan al engaño. Con ello se consolida una antiética profesional basada en la indiferencia total a las consecuencias

de una mala información. La reputación o el prestigio social de una persona o una institución pueden ser dañados con absoluta impunidad. Comprobar la veracidad o exactitud de una noticia deja de ser relevante. En su lugar, se abre un espacio para la noticia falsa, tendenciosa o para ocultar los hechos. No siempre tras ella se esconde un pago ilícito, pero el resultado es similar.

Como consecuencia natural, los medios se convierten en un poder en si mismos, ya no sólo un poder en manos de terceros. Colateralmente la corrupción deja de ser clandestina para volverse abierta, pública y compartida. La vieja actitud de ocultar la riqueza que no se puede explicar es sustituida por la ostentación, el desplante y la soberbia. "¡Somos poderosos, somos corruptos y qué ..."; No en vano, la población ve en los periodistas a los herederos de la impunidad y privilegios de los militares.

Todos los parámetros éticos cambian en el nuevo marco profesional, tanto es así que en los periódicos, para citar un caso, es posible ver algunas "aclaraciones", cuando las partes agraviadas lo exigen, pero nunca rectificaciones. Los periodistas y los medios no "rectifican", es decir, no admiten el derecho de los usuarios de la información para no ser víctimas de la calumnia o la difamación, y cuando publican las "aclaraciones" jamás es en los términos que fija la Ley de Libre Emisión del Pensamiento, es decir, en el mismo espacio y despliegue de la información original. Las "aclaraciones" sustituyen las noticias de relleno, en pequeñas columnas, casi con los mismos tipos de letras que se usan en los clasificados y en las páginas más recónditas de la edición diaria, como si no supieran que ya, por si solas, las "aclaraciones" nunca logran reponer el daño que han sufrido las personas o instituciones.

Si en los años 80 los medios y los periodistas volvieron los ojos a la ciudadanía, como fuente de información y poseedora de derechos, en los 90 el objetivo fue invisibilizarla. Por eso, a mi juicio, la desnaturalización del ejercicio del periodismo en los últimos años no es una simple decisión personal, sino un rebrote de las corrientes ideológicas más conservadoras del pasado. Todo poder necesita, no sólo ideología, sino portavoces, y la prensa no se escapa a esa ley social.

De ahí que no resulte extraño que los medios y los periodistas, por varias razones, sean cada vez más intolerantes y excluyentes con respecto a quienes critican al sistema, proponen alternativas o reclaman sus derechos. Las organizaciones o sectores que son potencialmente clasificados como amenazas al poder, o que simplemente les hacen sombra, tienen más dificultades que otros para ejercer su derecho a la información.

Ese perfil antiético se acentúa en el inicio del nuevo siglo. La proliferación de columnas para la difamación y la calumnia, tanto en la prensa escrita como electrónica, ratifican los graves males que aquejan al periodismo hondureño. En esos espacios no hay regla profesional que se respete, pero en su divulgación se refleja algo más: la plena anuencia de los propietarios de los medios a ese tipo de periodismo sin fuente, sin responsable y sin escrúpulos. Eso también ha cambiado mucho en el periodismo hondureño. Los dueños han abandonado su papel tradicional de confiar en sus directores y jefes de redacción para convertirse ellos mismos en editores de la información. Algunos dan órdenes expresas de que se les envíe puntualmente el

sumario de los principales titulares, noticias y editoriales que saldrán publicados al día siguiente y, con ellos en mano, modifican o censuran lo que estiman conveniente.

De la vigilancia no escapan ni siquiera los campos pagados o espacios publicitarios cuando tienen contenidos políticos o críticas a los gobiernos. En esos casos, los gerentes de publicidad tienen el deber de consultar a los jefes de redacción, éstos a su vez a los directores y los directores a los dueños. Bajo ese esquema, los directores están condenados a ser guardianes de la ideología e intereses empresariales de los dueños, con muy poco poder para impulsar un buen periodismo, si es que tienen el interés de hacerlo. Sus competencias reales son muy reducidas, pero se conforman con ello.

La pertenencia de los propietarios de los medios a partidos políticos o a conglomerados financieros o industriales impide o dificulta, sin duda alguna, el ejercicio de la libre expresión. El dueño de un periódico editado en la costa norte definió a sus editores de San Pedro Sula y Tegucigalpa las reglas del juego de la siguiente manera: "no se publicarán informaciones que afecten los negocios e intereses de la familia propietaria o los negocios e intereses de los amigos de la familia propietaria". Marcando los límites de esos círculos intocables, quedan muy pocas áreas libres sobre las cuales informar u opinar, y lo digo por experiencia personal. Entre septiembre de 1999 y mayo del 2001 fui editorialista y encargado de las páginas de opinión de El Heraldito, un capítulo que no considero malogrado, pese a que fue cortado de tajo.

Asistir a las reuniones de los editores con el dueño del periódico, el empresario Jorge Canahuati, me permitió conocer el juego de pesos y contrapesos de poder en un medio masivo importante. Las conversaciones, que no eran secretas, solían girar alrededor de los temas de interés nacional del momento. Curiosamente, a veces las opiniones más conservadoras o críticas respecto a la sociedad civil, por ejemplo, venían de los propios periodistas y no del dueño.

La resistencia era activa al proyecto de abrir las páginas de opinión y redacción del periódico a pensamientos plurales y críticos. Las consecuencias de ello -se advertía- no sólo podían ser ideológicas o políticas, sino también económicas. En efecto, los dueños del poder económico del país son más sensibles a la información que el resto de la ciudadanía organizada. En una ocasión, uno de los columnistas tradicionales del periódico, José Ochoa y Martínez, escribió un artículo contra el dirigente nacionalista Ricardo Maduro, criticando su actuación frente al Banco Central en el gobierno de Callejas. Después se me informó que la reacción de Maduro fue suspender la publicidad de sus empresas en El Heraldito, generando pérdidas que se temía alcanzaran los tres millones de lempiras. Ese seguramente fue uno de los artículos más "caros" en la historia periodística del país.

No fue el único caso. A principios del 2001 escribí un editorial con una propuesta simple: si el déficit en la balanza comercial era imposible reducir por la vía de aumentar las exportaciones, entonces ¿por qué no reducir las importaciones, sobre todo de artículos suntuarios, como los autos de lujo?. Al día siguiente de su publicación, el Gerente de Publicidad recibió una nota muy dura de la más importante compañía vendedora de autos en la que no sólo rechazaba una propuesta "que atenta

contra el libre mercado", sino que amenazaba con cortar para El Heraldito toda la publicidad de las empresas automovilísticas. La virulencia de la nota no respondió tanto al temor de que el gobierno hiciera caso al editorial, algo impensable, sino que salió en defensa de principios ideológicos muy firmes a favor del modelo económico en boga. Dicho sea de paso, el editorial no mencionaba una marca en particular de autos.

En ambos casos quedaba plenamente demostrado que para la empresa privada su inversión en publicidad tiene un componente no explícito, pero real, de injerencia en los contenidos periodísticos generales, más allá de la página específica que compra para promover una marca o un producto determinado. La injerencia no se limita ya, como antes, a garantizar que si la Coca Cola compra publicidad, entonces no se puede publicar ninguna denuncia eventual sobre la calidad del producto. Los nuevos tiempos dan a los anunciantes la prerrogativa no escrita de velar por los intereses globales del sistema, no sólo de sus acciones específicas, y en eso suelen ser más puntillosos que el propio gobierno.

A diferencia de los empresarios, a las autoridades públicas, encabezadas por el Presidente, les mueve más la defensa de sus intereses personales o de grupo a corto o mediano plazo que el futuro estratégico del país. Sus reclamos no se dan contra opiniones críticas estructurales, sino contra señalamientos puntuales, con nombres y apellidos. De hecho, el presidente Carlos Flores Facussé está a punto de lograr una hazaña mundial: no haber sido criticado directamente por ningún editorial de la prensa escrita en sus cuatro años de gobierno. Y no es precisamente por falta de razones.

Flores Facussé es un caso especial en la relación prensa-poder debido a que suma a su condición de gobernante la de propietario de un importante medio de comunicación, por ello no siempre se precisa cuando actúa en calidad de tal o cual posición. En El Heraldito, por ejemplo, no sólo logró con sus influencias quitarse de encima a periodistas que le resultaban incómodos al gobierno, sino que frenó la abierta competencia de ese medio contra su periódico en la disputa por el control del mercado, y es que en los dos años que duró su breve apertura crítica, El Heraldito circuló más, se hizo rentable y tuvo mayor incidencia. Pero el verdadero negocio de los dueños de medios de prensa no es el periodismo, y esa es la clave para entender lo que pasa.

Sin embargo, el lado positivo, no malogrado, de la experiencia de El Heraldito fue confirmar la sequía por un buen periodismo o, al menos, por un periodismo decente, que demanda la sociedad en el proceso de transición democrática. Hay una necesidad de información veraz, pero no existen los medios para satisfacerla, apenas algunos espacios singulares y vulnerables que se desvanecen cuando se van sus protagonistas y son relevados por los actores tradicionales. De lo que se trata es que los medios y los periodistas no estén al margen, ni de la legalidad, ni de los retos del país.

Para ello es preciso acabar con dos actitudes lamentables: la pasividad de los usuarios de la información para no reclamar sus derechos y la indiferencia de los periodistas no venales con respecto a la corrupción en el gremio. Una y otra, mientras sigan de la

mano, condenan a la prensa hondureña a no estar a la altura de las expectativas de cambio.

El Periodismo no es un oficio que se practica por la paga mensual. Una sala de redacción no puede compararse al plantel de una maquila. Las noticias no se redactan por docenas ni se botan a la basura las que no reúnen los requisitos del mercado. Esto es otra cosa. Los periodistas no deben encarnar o intimar con la censura sin protestar, sin pelear contra ella, sin rescatar su propia dignidad.

El Periodismo debe ser pasión, vocación, compromiso y tenacidad, pero admito que no son valores en alza. Los periodistas indiferentes - "neutrales" o no "radicales", como se califican a si mismos- junto a los corruptos, sí hacen mayoría. Al final, no sé cual de ellos es más peligroso para la libertad de expresión, si el que pierde su razón de ser profesional en la "visión" y "misión" de la institución o empresa para la que laboran, o el que abiertamente se aprovecha de sus espacios para traficar con su valor.

Como quiera que sea, ningún cambio interno positivo se podrá lograr en la calidad de la información si la ciudadanía no se rebela contra los medios que le mienten y manipulan, y si los periodistas no se organizan para reencontrarse con la ética y la calidad de su trabajo. Fuentes y reporteros deben cambiar la concepción que tienen de la información y su importancia estratégica y encarrilarla en la construcción de un efectivo Estado de Derecho. ¿Cuánto tiempo llevará lograrlo? No se sabe, ni es correcto plantearlo en esa perspectiva, porque se debe lograr a diario, a pulso, ya que más que una meta es un punto de partida. De cualquier forma, lo que si tengo claro es que veinte y tres años después de haberme iniciado en estas lides, sigo convencido que el Periodismo, como dice Gabriel García Márquez, es el "mejor oficio del mundo", aunque en una afirmación tan categórica como esa corramos el riesgo de perder la objetividad.